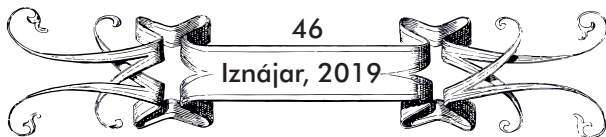




EL SONIDO DEL AGUA

Susana Ramírez Garrido



EL SONIDO DEL AGUA

SUSANA RAMÍREZ GARRIDO

46

—

2019

3

El sonido del agua

*Imprime: Publicidad El Castillo
 C/ Puerta del Rey, 2
 14970 IZNÁJAR (Córdoba)
 Telf. y Fax: 957 53 47 19
 imprentaelcastillo@gmail.com*

Depósito legal: CO-828/2019

Miembros del Jurado
Primer Premio de Relato Corto 2019
Categoría Mejor Relato Tema Local
Ayuntamiento de Iznájar
Publicidad El Castillo

José María Molina Caballero
Toñi Gómez Vidal
Paqui Ramírez Díaz
Manoli Díaz Lazo

I

Como cada día desde que comenzó este infierno, se levantaba temprano, se ponía sus botas de campo y, antes de tomar siquiera un sorbo de café, vagaba hasta la orilla; con los puños apretados a la altura de las caderas, contemplaba lo inevitable. Le observé durante un rato, su porte erguido de hombre de campo, sus brazos en jarra; abismado en aquella masa líquida, que cada día iba venciendo a la tierra firme, como si creyese que su propio cuerpo sería capaz de contenerla. Aunque nunca lo supe con certeza, estoy seguro de que en esos momentos

inundaba la tierra con lágrimas de impotencia, de la misma forma en que antes el sudor de su frente la había regado hasta convertirla en un hogar próspero. Y ahora estaba condenado a hundirse en el silencio.

—Ya casi ha tapado los cerezos —
rumoreó mamá tras un suspiro resignado.

—¿Y ahora dónde vamos a vivir?

—Dios proveerá, "*mamía*" —refirió para quedar después en un silencio cargado de preocupación—. Vamos, Juanito. Todavía no hemos terminado de hacer las maletas...

II

Papá había vuelto muy tarde de la reunión de propietarios. Seguramente se habría detenido en el *Bar Guiñapo* para tomar un vinito con sus amigos. Cuando salí a su encuentro, saltando sobre los cantos rodados del patio, dispuestos a modo de tela de araña; él ya estaba quitando el apare-

jo al mulo. Cogí el cabo de la martaguilla para llevarlo al pesebre, cuando papá me ofreció un pequeño envoltorio de papel de traza que me impulsó a desatender aquella responsabilidad.

—¡Ohh! ¿Q..qué es? —balbucí entre risas cargadas de nerviosismo.

—Ábrelo.

—¡Ahh! —exclamé presa del entusiasmo—. ¡El Capitán Trueno! ¡Gracias, Papá!

No contestó; nunca lo hacía. No era un hombre cariñoso, ni tampoco muy hablador, no obstante su mirada endurecida dejaba ver de vez en cuando un atisbo de ternura con la que sobran todas las palabras.

Mamá nos observaba desde la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con urgencia.

Papá suspiró contrariado, mientras se perdía entre las sombras de la cuadra seguido del animal.

—Han dicho que no, ¿verdad?

Guardó silencio, concentrado en sus quehaceres, pero al salir y encontrarse con los ojos expectantes de mamá, aquel rostro serio se plegó en una mueca de tristeza impropia de él. Entonces, murmuró:

—Nada, Dolores. No quieren hacer nada...

III

—Buenos días.

—Buenos días —contestaron casi al unísono todos los hombres de la sala de espera, provocando un vibrante eco entre las paredes de aquel cuartucho atestado de gente y hedor a tabaco.

—¿Quién da la vez?

—Francisco—llamó su atención uno de los presentes mostrando una sonrisa ju-

venil en un rostro envejecido por el sol—, están llamando por nombre...

—¡Hombre, Pepe! ¡Cuánto tiempo sin verte! —exclamó mi padre estrechando su mano con alegría.

—Pues ya ves.... a por el talón, que le tengo echado el ojo a una casa en La Venta y no quiero que el fresco de Jacinto me *esfarate* el trato...

—¡Bahh! Ya lo conoces —exclamó sin dejar de sonreír—: lo mismo que le da por una cosa, le da por otra... ¡tú, ni caso!

Los dos rieron en complicidad fraterna. De repente, otro propietario abrió la puerta de la oficina para salir, dejando a la vista la mesa atestada de papeles del funcionario, quien sobresalía entre ellos con la comisura de los labios caída en una mueca de seriedad.

—¿Están tardando mucho?

—¡Qué va! Nos despachan rápido... —indicó el tal Pepe. Entonces, me miró con

una simpatía que desentonaba con su dura apariencia rural —¿Éste es tu Juanito?

Papá asintió.

—¡Anda! ¡Si ya estás hecho un hombre! —prorrumpió dándome una fuerte palmada en el hombro. No me extrañó en absoluto, pues papá me había dicho en otras ocasiones que los hombres se saludaban así—. ¿Cuántos años tienes, muchacho?

—Diez.

—¿Diez? ¡je,je,je! Francisco, ¡éste ya mismo se te sube a las barbas!

Sin embargo, papá estaba tan atento a la puerta que solo le lanzó media sonrisa de aprobación.

No solía acompañar a mi padre hasta Iznájar. Solo me dejaba ir cuando llevaba las hortalizas a la frutería de la *chacha* Pepa, así le ayudaba con los mulos; para mí era suficiente. Allí veía a los niños jugando por las calles empedradas, me maravillaba con el rugir de los pocos automóviles que

rodaban por las calles empedradas del pueblo, observaba a las mujeres que iban a comprar a la plaza, cargadas con aquellas cestas de anea tan grandes, llenas de los aromas entremezclados de los productos de la tierra, mientras charlaban entre risas sobre lo que iban a poner de comer a mediodía... Pero lo que más me gustaba eran las tiendas de chucherías, en cuyas puertas colgaban ristras de tebeos con cuerdas y pinzas de la ropa. Todo ese bullicio resultaba muy estimulante para un solitario niño del campo.

—Papá, ¿me compras un tebeo?

—Ahora no, Juanito. Tenemos prisa...

—¡Es que es el número 44 del *Capitán Trueno*, «¡El Dragón de tres cabezas!»! —insistí señalando aquel terrorífico animal, lleno de escamas oscuras, que reinaba en la portada.

Papá me miró molesto tras chasquear la lengua...

—Otro día...

Me había dicho por la mañana que íbamos al pueblo para hablar con un hombre muy importante... y, pese a la cascada de preguntas que había vertido sobre papá, él se había limitado a silbar la misma tonadilla de siempre. A los niños de antes no se les explicaban demasiadas cosas, aunque yo solía rellenar sus parcas aclaraciones con mis fantasías infantiles... Por eso, aquel día, al paso constante de las bestias, había imaginado que mi padre era un héroe de tierras lejanas y yo era su escudero; igual que en los tebeos. Juntos, habíamos llegado a este pueblo para luchar contra una injusticia que sólo él, con voluntad y astucia, podía combatir.

—¿Francisco Guerrero? —gritó una voz cascada al otro lado de la puerta.

Papá se levantó con rapidez, apretando la gorra de paño entre sus manos, y juntos entramos en el despacho.

—Siéntese —ordenó el funcionario sin levantar aquella cabeza blanca y rala del escritorio—. Parcela 15 y 16 en la *Huerta Capitán*.

—Sí —respondió ante la mirada de soslayo del funcionario, dado que había hecho una afirmación; no una pregunta.

Garabateó en silencio, con los labios entreabiertos y tras rasgar con fuerza la línea de puntos del talón, se lo alargó a papá.

—¿José Morales? —voceó apresuradamente.

—*¡Espérese!* —interrumpió escrutándole con extrañeza—. ¿Solo doscientas pesetas...?

El funcionario alzó la vista por encima de sus gafas.

—Eso pone ahí.

—A mí me dijeron en la junta que me darían diez mil en el primer pago...

—Y así se hará, pero hemos tenido algunos problemas con los ingresos de la Confederación, ya le sumarán la diferencia a los siguientes... Todos los propietarios se han visto afectados por el asunto... Es más, algunos se han ido con menos dinero que usted; así que no se queje...

Pese a la perplejidad, que le había paralizado por completo, papá fue capaz de balbucir:

—¿Y cu...cuándo nos darán el resto?

—¡Pues cuando se pueda, hombre de Dios! Les iremos embolsando la cantidad poco a poco.

—Es que... a mí me habían dicho...

—Sí. Ya lo sé —le cortó exasperado—. No es lo que se había acordado... ¿Qué quiere que haga yo con los fondos: los pinto? ¡Ahora márchese, hombre, que hay más gente esperando!

Papá le miro fijamente, con los puños apretados a la altura de las caderas, deseando decirle justo lo que estaba pensando, mas por educación se limitó a proferir un:

—Quede usted con Dios...

Y bajando la vista se dirigió hacia la salida.

IV

—¡Es una canallada! —masculló papá después de darle un sorbo a su chato de vino.

—Bueno, Francisco, no te *enrites*... Nos han dicho que nos irán pagado poco a poco...

—Vamos a ver Pepe, Francisco tiene razón —secundó el otro hombre, quien, al examinarlo a través del vidrio vacío de mi refresco de almendra, daba la impresión de tener tres cabezas—. ¡Nos hicieron firmar unos papeles donde ponía la cantidad

de cada pago!— Golpeaba la mesa con el dedo índice al compás de sus palabras—. ¡Sin trampa ni cartón! ¿Y ahora nos salen con esto...?

Pepe miró hacia su tapa de queso con los ojos cargados de disgusto y dejó salir un bufido al estilo de un caballo.

—Ya sabes que yo no sé leer, Jacinto...

—¿Y eso qué tendrá que ver? —prorrumpió alterado mientras expulsaba el humo de su cigarrillo por la nariz, como un dragón—. ¿Es que no fui yo contigo a leerte los papeles para que no te engañaran?

—Muchachos, no pelearse... —interrumpió papá—. Así no arreglamos nada... Hay que guardar esas energías para defender lo que es nuestro...

—¿Qué estás pensado hacer, Francisco?

—Protestar.

—¡Sí! ¡Hay que armar jaleo! —vociferó Jacinto para después bajar la voz hasta un murmullo por las señales incómodas de Pepe—. ¡Ya está bien de que nos tomen por tontos!

—¿¡Es que se te ha ido la cabeza!? ¡Ya sabéis lo que le pasa a los que protestan!

—Me refiero a juntarnos todos y hablar con el alcalde, sin perder las formas —instó papá—. Somos muchos propietarios, el que sea nos escuchará...

—El alcalde no tiene nada que ver con esto, son cosas de la Confederación: gente que no conocemos... —intervino Pepe tras un suspiro que le llevó a repanchingarse contra el respaldo de la silla—. Nadie nos hará caso..., ni tampoco se nos unirán más propietarios...

—¿Porqué? —volvió a insistir papá—. ¿Es que a nadie le molesta que nos engañen?

—No nos han engañado, Francisco
—respondió su amigo con aquel tono cansado del que no deja de repetir siempre lo mismo—. Sólo han tenido un problema administrativo... ¡ya nos pagarán!

—¿Y si no lo hacen? Yo no me fío...

—Tú nunca te fías de nadie, Jacinto; ¡así te va!

—¿Es que no te das cuenta de que estamos vendidos, Pepe? La presa ya se está construyendo y nosotros no tenemos el dinero ni para comprar una casa donde vivir... Dentro de poco el río se desbordará y anegará las huertas... ¿me quieres decir qué vamos a hacer entonces?

—Vamos a ver Francisco, ¿es que no puedes ver una casa que te guste, dar una señal y pagarla poco a poco?

—¿Y quién me fiará si ve que no tengo ninguna garantía?

—Sí. Eso es verdad, Pepe... ¿Dónde vamos a vivir?, ¿en qué vamos a trabajar?...

¡Tenemos que juntarnos con los otros y averiguar algo!

—Nadie nos va a hacer caso, ya lo sabéis.

—¡Pues yo no estoy de acuerdo! —voceó Jacinto después de golpear la mesa con los nudillos—. Ahora mismo voy a ir al molino para hablar con unos cuantos propietarios y le voy a decir a mi cuñado Pedro que corra la voz entre sus vecinos... ¡Hombre ya!

—Eso no va a servir de nada, muchachos; ¿sabéis porqué? —refirió Pepe haciéndose el interesante—. Porque el pantano es el progreso...

—¿Otra vez con lo mismo, Pepe? —saltó papá malhumorado—. ¿Qué progreso hay en dejar a un centenar de familias sin casa y sin trabajo? Yo no pienso cobrar este cheque hasta que no nos den todo lo que nos prometieron...

—¡Ni yo! —sentenció Jacinto con un gesto exagerado de su mano derecha.

—No seáis tontos: «*más vale pájaro en mano...*»; es lo único que vamos a sacar de esto. Nadie hará nada más por nosotros, porque el pantano se construye por un bien superior, si con esto España es más grande, ¿a quién le importan cuatro cortijeros?... Ya sabéis lo que dicen... el progreso es imparable...

V

—Entonces... ¿qué va a pasar?, ¿al final lo van a construir? —insistió mamá en sus averiguaciones con el gesto contrariado porque se le había escapado un punto de las agujas de tejer.

Papá quedó en silencio, observando las chispas que saltaban de la lumbre y refirió esperanzado:

—Sí. Empezarán las obras dentro de un par de meses...

—Pues a mí eso no me gusta nada, Francisco... ¿Qué van a hacer: dejarnos sin casa?

—No, mujer. Los del sindicato nos han dicho que pagarán bien las expropiaciones...

Mamá le miraba de soslayo, sin dejar de hilar la hebra de lana gris en un movimiento mecánico.

—¿Y cuánto es «pagar bien»? Porque este cortijo vale mucho más que antes, cuando lo compramos...

—Eso lo tendrán en cuenta, ¡digo yo!

—¿Y cuándo empezarán los pagos?

—Pues todavía no han hablado de una fecha segura, pero han dicho que no nos preocupemos, que antes de que el agua empiece a subir tendremos un primer pago generoso...

—¿Y cuándo será eso?

—Más "p'alante" —insistió papá mientras echaba más palos a la lumbre—, cuando la presa empiece a funcionar.

Mamá clavó aquellos grandes ojos azules, cargados de fastidio, en el rostro ilusionado de papá, a la vez que dejaba caer las agujas sobre su falda.

—¿Y por qué dejarlo para entonces?, ¿no sería mejor ahora?

—A ver, Dolores —señaló dejándose caer hacia el respaldo de la silla—. Hasta que la presa no esté terminada y empiece a subir el agua no se anegarán las tierras y para que eso pase todavía faltan unos dos años. Hasta entonces podemos seguir labrando. Así que no hace falta que nos expropien todavía.

Mamá le miraba con el ceño fruncido, cavilando las opciones.

—Y si ya está construida la presa... ¿para qué pagar, Francisco?

—Pues, porque es lo justo... —
sentenció después de erguir la cabeza.

—¿Lo justo? ¡Mmmm! —murmuró
volviendo al punto—: ¿cuándo se ha sido
justo en este país? ¿es que no te acuerdas de
lo que le pasó a mi padre?, ¿y al tuyo? ...
No. Francisco, yo no me fío de nadie... y
menos de esa gente...

—Dolores, esta es una buena oportu-
nidad para avanzar; con lo que nos pa-
guen compraremos otra finca y una casa en
Iznájar... ¿Es que no te gustaría volver al
pueblo?

Mamá le miró de nuevo, con incre-
dulidad.

—Francisco, ¿dónde has visto tú
«que den duros a cuatro pesetas»?

—¡Ay, *Dolorcilla* mía! —exclamó
sonriendo tímidamente mientras zarandeaba
su hombro con ternura—. No te *enrites*.
Nos irá bien. ¡Ya lo verás! Piensa que el
pantano es el progreso...

—¿Eso crees? Pues "pa" mí que no es así, eh..., de donde se le quita a la gente sus casas y su trabajo, no puede salir "na' güeno", Francisco... ¡"na güeno"!

VI

—¿Cómo que no se puede hacer nada? —reiteró mamá con los brazos en jarra desde la puerta de casa.

Papá, cabizbajo, pasó junto a ella y entró a la cocina. Mamá le seguiría de cerca, no sin lanzar antes una mirada al cielo y un suspiro.

Me había sentado junto al candil, para ver mejor las viñetas llenas de colores del tebeo: Era el número 44, «¡El dragón de tres cabezas!», el que yo quería. Sin embargo, mientras lo hojeaba, no pude evitar escuchar toda la conversación:

—Jacinto llegó con su cuñado Pedro y sus vecinos de *El Remolino*. También vinieron unos cuantos de *La Fuente de Aba-*

jo, Ricardo; el de la tienda del *Puente Hierro*, y dos muchachos de *Las Huertas Perdidas*; Pepe ni siquiera se ha dignado a aparecer... Nos hemos juntado unos quince, pero todos piensan que es una tontería, que saldremos perjudicados; hasta Jacinto, que al principio era el más "*echao palante*", ha terminado diciendo que lo mejor es esperar...

—¿Y qué pasa: que a ninguno le molesta que les engañen? —le espetó mamá con los brazos cruzados ante el pecho.

Papá se dejó caer en una silla de anea tras un suspiro profundo.

—No es eso Dolores —expresó con tono resignado—. Están asustados. Les parece que si nos quejamos no nos van a pagar el resto... Ya sabes, estamos en el aire: con las tierras a punto de desaparecer y sin dinero para comprar otra casa...

Mamá negó con la cabeza, mostrando gran indignación en sus ojos azules.

—¡Pues con más razón hay que protestar! ¿Es que no se dan cuenta de que si no quedamos callados mucho menos nos van a pagar? —Giró bruscamente arrancando el paño que llevaba colgado de su delantal y lo tiró sobre la mesa de la cocina—. ¿Es que no tienen dignidad?

De repente, papá agachó la cabeza, sosteniendo su frente con los nudillos en un gesto de agotamiento.

—Francisco, ¿qué te pasa?

Entonces, levantó la vista, mostrando a su mujer aquel rostro atezado por el sol, ahora cargado de resignación. Sacó de su bolsillo unos billetes y se los enseñó en la palma de la mano.

—¿Has cobrado el cheque? — exclamó sorprendida.

VII

El día se levantaba nublado cuando papá caminaba hacia el huerto. Hacía algunos meses que el sonido del río se había hecho más lento, más calmado. Por las noches, un silencio espeso había sustituido al ruido constante de la corriente, un mutismo extraño que me impedía conciliar el sueño. Aquella mañana le observé desde la puerta. Llevaba su ropa de campo, como de costumbre, salvo que todavía no tenía intención alguna de ponerse a trabajar; se dirigió a la orilla. El pantano había crecido tanto que bañaba lentamente las albarradas de nuestra parcela. Él observaba en silencio, cómo cada día el agua subía un palmo; una fútil pero imparable crecida, que sólo se apreciaba con el lento paso del tiempo. Después, se quedó mirando hacia la espesura del agua, con las manos sujetando sus caderas. Así pasaría horas, impassible, sabiendo que había perdido.

La noche anterior había llegado a casa muy tarde. Desde mi cama podía escuchar sus pasos pesados, los suspiros profundos retumbando entre las paredes de la cocina. Visualizaba su rostro resignado en mi mente, que desde hacía meses había sustituido a aquel carácter enérgico e industrioso, a esa presencia tranquila rebotante de dignidad. Entonces, comencé a escuchar sus voces:

—¿Cuánto esta vez?

—Diez duros... —masculló papá.

—¡Diez duros! ¿¡Qué se habrán creído esos sinvergüenzas!?

—Ya está, Dolores. Déjalo correr...

—¡Es que no puedo llamarlos de otra forma!: ¡sinvergüenzas! Llevan un año de pagos y todavía no nos han dado ni la mitad de lo que dijeron al principio.—Oí, al mismo tiempo, el tintineante entrecuchar de la vajilla—. ¿Cuántos años pueden pasar hasta que lo cobremos todo? Si es que lo

cobramos, claro está... —suspiró profundamente—. ¡Ay, Señor!

En ese momento, se hizo un silencio incómodo.

—Francisco... —refirió con una voz más sosegada que antes—. No podemos seguir así: ya ves como está subiendo el pantano. Dentro de poco no tendremos "pa" comer... y mucho menos donde vivir... —calló, dio varios pasos y escuché el crujir de las maderas característico de su silla de anea—. ¿Y si...? —carraspeó—, ¿y si nos fuésemos con mi hermano a Igualada...?

—¡No! —exclamó con rotundidad.

—Francisco, aquí no podemos seguir... Mi hermano me ha dicho que hay una habitación libre en su apartamento, podemos meternos allí al principio... Hay mucho trabajo: el puede colocarte en la fábrica y yo puedo coser...

—¡He dicho que no! —sentenció tras levantarse de golpe—. ¿Cómo nos van a pagar el resto si nos vamos?

—¿Acaso podemos hacer otra cosa?... Francisco, esto no es «*plato de buen gusto*» para nadie, pero tenemos que pensar en el mañana. Si pudimos prosperar aquí, seremos capaces de hacerlo en otro sitio.

De repente, los sollozos inundaron mis oídos y papá prorrumpió en llanto:

—¿Es que no te das cuenta, Dolores? ... ¡Este sitio es... es mi vida!

Nunca le había escuchado llorar, creía que no podía hacerlo, que cuando uno cumplía cierta edad los ojos se le secaban. Entonces, una frase resonó en mi mente: «*El agua sólo trae agua*», y hasta entonces no sabía cuán cierta podía llegar a ser.

—Ya lo sé, Francisco —murmuró ella entre sollozos—. ¡Lo sé! ¿Es qué nos queda otra alternativa?

El llanto de ambos se mezcló en una triste melodía que inundaba mis oídos desde la oscuridad de las sábanas. No hablaron durante un buen rato, en el que seguro se fundieron en un profundo abrazo de consolación. Tanto trabajo, tanto esfuerzo; todo por lo que habían luchado era engullido por el agua día tras día y debían contentarse con la idea futura de un progreso colectivo, a costa de su propio sacrificio individual. Para mamá era una prueba más del Señor. Mi padre, por el contrario, lo veía como una derrota, un profundo malestar que insultaba a su propia dignidad humana.

—"*Mu*" bien, Dolores —aceptó sin dejar de llorar—. Nos iremos a Barcelona. Hay que empezar de nuevo...

En el fondo sabía que no lo decía en serio, que era una forma de tranquilizarnos a mamá y a mí, mas él no se creía sus propias palabras. Por eso, cada día, intentaba

contener las aguas con su cuerpo, a la espera de que ocurriese un milagro.

VIII

Lo había visto, aquella noche, en mis sueños: la luna lanzaba sus blanquecinos rayos sobre la sombría faz del agua, cuyos murmullos sosegados acunaban mi dormir desde la distancia. No se escuchaba nada más, ni siquiera el ulular de los mochuelos en sus habituales conversaciones, crípticas para el oído humano. Sólo la brisa nocturna de la primavera se dejaba colar por las rendijas de la puerta en un vaivén de cuento de hadas; una inquietante calma que evidenciaba lo peor.

De repente, un estruendo manó de las profundidades del pantano. Las aguas explotaron embravecidas. Un rugido vibrante retumbó en mis oídos. Me levanté de un salto y corrí hacia la ventana. Allí estaba, con su oscura piel repleta de escamas

puntiagudas, sus tres cabezas de ojos rojos como el fuego y aquellas hileras de dientes feroces, que convertían sus rugidos en huracanes grávidos de furia.

—¡Ahhhhh! —grité trémulo de miedo, agachándome mientras me tapaba la cabeza para no volver a escuchar la estridencia de aquellos bramidos.

De repente, la puerta de la casa se abrió. Me asomé otra vez y distinguí al Capitán Trueno corriendo, mientras blandía su espada contra la bestia de las profundidades. El miedo me abandonó al instante, al contemplar su armadura de acero bañada por los rayos plateados del resplandor. El dragón gritaba con todo su ímpetu, pero nada de eso impedía al héroe lanzarse contra él. Dio un tajo al aire, después otro; la bestia lo esquivaba. Él seguía intentándolo, con sonidos guturales brotando de su garganta por el esfuerzo.

—¡Vamos, Capitán Trueno! —le animé desde la ventana, con el corazón inundado de esperanza.

Pero entonces, el semblante del guerrero se dirigió hacia mí, con aquellos ojos cansados, endurecidos por el sol, sumidos en la impotencia, y su rostro anegado en una pena tan profunda que ni siquiera el rigor de la adultez podía disimular. No era el héroe de los tebeos, sólo un hombre de carne y hueso.

—¡Papá! —clamé hundido en la desesperación—. ¡Papá, vuelve con nosotros!

—¡Francisco! —Oí el nítido chillido de mi madre.

«No es un sueño». Desperté temblando de miedo, con un llanto de fondo cargado de desesperación.

—¡Ay, por Dios! ¡Francisco!

—¿Mamá? —musité para después gritar—: ¡Mamá!, ¡Papá!

Me levanté de un saltó. Corrí a su encuentro, empapado en angustia. Tropecé con las cajas y maletas que atestaban el suelo de la cocina. Seguí tras aquellos sollozos desesperados que provenían del exterior.

Y de repente, la encontré junto a la orilla. Mi corazón se detuvo en seco. Mamá lloraba de rodillas, con la frente clavada en la tierra, como si orase ante un altar. Entonces deparé en las botas de mi padre, embarradas por las constantes caricias del agua, y a su lado las huellas de unos pies descalzos que aquella noche se habían adentrado en el agua y nunca más volverían a salir.

IX

«Fue su primera víctima, aunque no sería la última», me decía una y otra vez, mientras clavaba mis ojos cansados en las laderas descarnadas por la erosión de lo que antes había sido el *Cerro Cuchillo*.

—¡*Papá*, si han hecho un camping y todo! —refirió mi hija sorprendida—. ¡Se tiene que estar *molt bé* aquí en verano. Esperemos que el agua suba un poco más...

No contesté; nunca lo hacía.

«Cuando el daño ya está hecho, sólo se puede seguir hacia adelante», recordé las palabras humedecidas con las lágrimas que mamá vertía cuando recordaba nuestra casa, los cerezos; cuando pensaba en él... Supuse que eso mismo habían hecho los habitantes de Iznájar: buscar una alternativa. Pero en el fondo, todos sabemos cuántos recuerdos esconden estas aguas tranquilas, recuerdos imposibles de borrar.

—¡"*Apa*"! —exclamó mi muchacha tirando con energía del freno de mano—, ya hemos llegado.

Apyé mis pies en aquella tierra, después de tanto tiempo, con la nostalgia resurgiendo entre la sangre de mi corazón anciano, mientras regaba por mis venas la

memoria de antaño. Todo estaba distinto, y a la vez mantenía su esencia: el empedrado del patio seguía dibujando aquella tela de araña en la que solía saltar, sólo le faltaban unos pocos cantos en los extremos. Algunos muros se habían caído; otros se resistían a la destrucción, si bien invadidos por una capa de cieno seco y mejillones cebra. Las losas blancas con cadeneta naranja mostraban ramilletes de grietas enfangadas, aunque se negaban a separarse por completo. Todavía me acuerdo de la discusión de mis padres mientras elegían el color...

—Tuvo que ser *molt bonica*... —refirió mi Loles observándolo todo con curiosidad—. ¿Cuánto hace que no venías: cincuenta años?

Apenas la escuché; mis oídos se habían inundado con el suave arrullo del agua. Caminé hacia la orilla con cautela, mientras mi corazón se diluía en profundos latidos de tristeza. Ya no quedaba nada de

la huerta, ni de los cerezos, sólo una espesa capa de arena oscura, que poco a poco iba siendo arrastrada por los vientos del olvido y la inercia de las aguas.

De repente, me di cuenta de que estaba en el mismo lugar que él, con los ojos clavados en las tranquilas y a la vez inmisericordes caricias que el agua ofrecía a la tierra; con los puños apretados a la altura de las caderas, observaba aquella masa líquida que había sumergido todo mi mundo, lo que más amaba... La congoja se desabordaba a través de mis ojos, igual que aquel día, y las lágrimas poco a poco surcaron mi rostro, como si todavía escuchase los gritos desesperados de mi madre, como si las pisadas de papá estuviesen aún frescas sobre el barro... y aquel sueño tan espantoso, que acabó de un plumazo con las fantasías de un niño que percibía a su padre como a un héroe de los tebeos, volvía a mí en forma de

cascada que precipitaba amargura e impotencia.

—*Papá*, ¿Estás bien? —intervino mi Loles apoyando su cálida mano en mi hombro— Deberíamos irnos...

—No.

—*Papá*, esto no te hace ningún bien...

—¡No! —le espeté.

Entonces, la tomé de la mano con mucha fuerza y entre sollozos le dije:

—Loles. —Clavé mis ojos cargados de emoción en los suyos—. Loles, prométeme una cosa: pase lo que pase nunca te rindas. Puede que la vida sea injusta. Puede que aquello por lo que has luchado desaparezca de un día para otro... ¡Levántate y sigue adelante! Porque el agua arrastra a los que desisten de luchar, sin preocuparle que dejan tras de sí unas dolorosas huellas de recuerdos.

¡Nada! ¿Me oyes, Dolores? ¡Nada es más importante que tenernos unos a otros! Y esto no nos lo puede arrebatar ni toda el agua del mundo.

